

LA AZUCENA.

REVISTA QUINCENAL

DEDICADA A LOS AMANTES DE LAS CIENCIAS, LETRAS Y ARTES,

Y ESPECIALMENTE

AL BELLO SEXO.



Esta REVISTA se publica
los días 15 y 30 de cada mes.
Se remite á la Isla franco de porte.

DIRECTOR PROPIETARIO
DON ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA.
S. Sebastian - 75.
PUERTO-RICO.

Precio de la suscripcion.
12 rs. ctes. por trimestre adelantado.
Solo se admite suscripcion por trimetr.

HORAS DE ASUETO.

La poesia cultivada así en secreto
y por sí sola (como se cultiva la música,
el piano, ó el canto) en los intervalos
de un trabajo penoso ó de una
profesion ingrata, aprovecha la moral
interior, y viene á ser una delicadeza
del alma y una virtud.

Juan Vicente Gonzalez.

Parece imposible, y vivimos en América, es decir, en el continente nuevo, en el continente virgen, en medio de la juventud primaveral de esta naturaleza, que se ufana con levantar sus creaciones como osadías gigantescas, donde el ramaje de los bosques parece rozarse con las nubes, donde cada otero es un ramillete, y cada ramillete un semillero de nidos, cuyas aves llevan en sus picos las mas bellas armonías, y en su plumaje todas las mas bellas combinaciones del Iris.

Parece imposible, y vivimos en América; y de América en el trópico, es decir, bajo un cielo que se deshace en luz sobre la tibia atmósfera de esta primavera perpétua soñada por los poetas de la antigüedad como el irrealizable ideal del paraíso en la tierra.

Parece imposible, y vivimos en América, nosotros los nacidos entre tantos esplendores y tantas bellezas, ante este espectáculo presentado por todos los poetas, y no soñado por los mas atrevidos navegantes, que despues de fingirse esta tierra como un eden en las calenturientas sobreescitaciones de sus cerebros, la encontraron aún mas bella que la habían fingido en su esperanza, y que la habían supuesto en su fantástica mente.

Parece imposible, repito, que nosotros que vivimos en este suelo; que hemos recibido en su seno el primer rayo de vida, y bebido desde el nacer los raudales de su poesia, nos hayamos poseído tanto de la prosa del siglo, nos hayamos connaturalizado tanto con el mercantilismo tan en boga, que volviendo la espalda á la naturaleza y al arte nos hayamos

quedado mas atrás que los pueblos que se han educado de por fuerza entre las necesarias transacciones del comercio, divididos sus campos todos en sembrados que no les traen mas pensamientos á la inteligencia que la ganancia calculada, ni mas sentimientos al corazón que la alegría de recoger en oro el fruto de sus trabajos.

Y hablo no de la América en general, donde se escribe y se lee mucho y muy bueno sobre el arte; yo planteo la cuestion no en abstracto, sino en concreto, muy concreto; me refiero solo al medio en que vivo, medio bien pequeño por cierto, pero bien grande para nosotros que debiéndole el ser le debemos cuanto somos y valemos; me refiero á Puerto-Rico, paraíso olvidado por nuestro positivismo, isla encantada de nuestro amor, que ha merecido por su prosaismo eterno, por su mercantilismo persistente, que un hombre tan valioso como querido, y tan amante de nuestro pueblo como de nuestro pueblo amado, nos digese que este rincon no era mas que una factoría, una grande factoría.

¿Sabeis lo que es una factoría? Pues una factoría es un centro donde no se hace mas que hablar de compras y ventas, de cuánto mas barato se puede adquirir para mas caro vender, de cuál es el tipo del interés más alto á que se puede dar dinero y dónde se computa el más bajo para irlo á recoger, en una palabra, una máquina, cuyo móvil, cuyo vapor, cuyo mecanismo solo está compelido por un deseo, por un anhelo, por la avaricia del tanto por ciento.

Y tenía razon de llamarla así. Para nosotros pasa la vida del arte como si no hubiéramos nacido para cultivarla; no nos preguntéis del movimiento literario porque no lo conocemos; no nos habéis del nuevo libro, del último cuadro, del mas reciente autor, porque ni sus nombres han llegado á nuestros oídos; todo cuanto sea relativo al espíritu, pasa desapercibido á nuestros ojos. En cambio habladnos del negocio del último día, y vereis como

lo hemos estudiado y entendido en su menor detalle, y en su mas velada trascendencia.

No digo yo, que posterguemos la economía de la vida, ni que la despreciemos, sino cuando es inmoderada, cuando es exclusivista. No sabríamos hacer esta recomendación cuando comprendemos que en ella se basa la riqueza y prosperidad de los pueblos. Temeríamos á cada paso se nos acusase de que nos preocupaba ella tambien; lo que queremos decir, es que no debe embargarnos hasta tal punto, que excluyamos por estudiarla y practicarla otros tantos deberes que la naturaleza ha impuesto á nuestra actividad.

El hombre tiene muchos fines que perseguir y que alcanzar en la vida; el fin moral, procurando atemperar sus pasiones y encauzándolas á la consecución de la virtud; el fin religioso, dirigiendo su alma á comprender y amar á Dios; el fin científico, educando su inteligencia para el conocimiento; el fin artístico, elevando su espíritu á la contemplación de la belleza en todas sus manifestaciones; pero, al lado de todos estos fines tiene tambien el económico, para procurar el aumento de los medios con que proveer á la satisfacción de sus necesidades.

Estudie y procure el hombre llenar en la vida ese fin; es su deber, es su obligación moral en cosa tan terrena; pero no olvide los demas, no deje envuelta su alma ni en la inmoralidad, ni en la increencia, ni en la ignorancia, ni en la insensibilidad ante lo bello, ante lo grande, ante el arte.

No nos toca á nosotros reivindicar los fueros de esos tantos fines; los moralistas que os prediquen contra el vicio; los filósofos y los sacerdotes que os enseñen á conocer y amar á Dios; los hombres de ciencia que os la encomien y traduzcan; nosotros os recordaremos el arte, y vosotros no hay cuidado que olvideis la vida.

Robemos un rato á las sabrosas conversaciones de mercados, no llevemos á la tertulia, al hogar, á la calle, á la confidencia del amigo, al rato de descanso en la casa, esas interminables pláticas de la prosa del dinero.

Creeis que lo que hemos dicho, de vernos mas avanzados en esto que los pueblos mas mercantiles del mundo, es referido así á humo de pajas, no; el yankee mismo, tenido como el buscador eterno del dinero, trabaja incesantemente en el dia, desde que son la siete de la mañana, hasta que la aguja de su reloj le señala las siete de la noche; pero cuando este minuto llega, sube de la ciudad de los almacenes, las bolsas, los bancos, los comercios, á la ciudad alta donde está su hogar, y donde no oye ni los carros del tráfico, ni el grito de los cargadores, ni el silabear del comerciante que suma y resta y multiplica y divide; sube á su

hogar donde le espera su familia, que no le habla de cuentas, y donde le aguarda su libro en que Hawthorne le narra, Longfellow le canta, y tantos otros le predicán, le enseñan, ó le instruyen.

Dediquemos nosotros tambien largas horas á la prosa de la economía; pero cuando estas horas pasen, recordémos que hay otros objetos sobre que ejercer nuestro movimiento, en que ocupar nuestros espíritus, y con que llenar nuestro corazon.

Llamar la atención sobre este exclusivismo, ha sido nuestro objeto al trazar á vueta pluma, este incorrecto escrito. Mas adelante quizás, insistiremos sobre este punto, ligeramente tocado en una de nuestras horas de descanso.

Recibid pues, lectores de este periódico, nuestras frases como un consejo saludable, del mismo modo que espero recibais amigablemente el primer saludo que os envía el último de los adoradores del arte.

Puerto-Rico, Setiembre 27 de 1875.

Fabian Montes.

LA CUEVA DEL CONVENTO.

PRÓLOGO.

Hay muchos modos de hablar,
y en el hablar sus trabajos;
Tambien hay altos y bajos
En el arte de inventar.

P. Isla.

Lectoras amables de *La Azucena*, ancianas ó jóvenes, feas ó hermosas, que de todo puede haber entre vosotras, aún que os juzgo muy discretas y benévolas, para con este vuestro humilde y apasionado servidor. Un compromiso contraído de ligero, sin pensar bien á lo que me obligaba con mi buen amigo el Director de este ilustrado periódico, ha puesto en mis manos la pluma que tenía arrinconada hace tanto tiempo. Gastados sus puntos en las ardientes luchas políticas, que tanto han maltratado mi pluma como mi pobre corazon; llena de moho, porque le falta el uso y es de acero (¡ojalá fuéralo tambien de este metal el corazon!) bien pronto me convencí de que era casi una profanación tomar yo asiento en este templo augusto, donde solo se rinde culto á las ciencias, letras y artes, y en el cual han de desdeñarse precisamente mis antiguos resabios de escritor incorrecto y polemista.

Pero una palabra empuñada tiene fuerza irresistible para el que de caballero se precia. Le ofrecí á mi amigo Tapia, escribir algo para este periódico, ¿cómo prescindir de tan solemne compromiso?

En Dios y en mi ánima que no quiero ser ménos que otros. A poco debiera presentaros

una novela original. No me espanta eso de escribir novelas originales, cosa hoy tan comun que así abundaran el oro y la plata como abundan los novelistas. Sabido tiene el público como he dado á luz uno ó dos cuentecillos, y ya UU. ven que novelas y cuentos poco se diferencian, que todas son producciones de la inventiva mas ó menos fecunda de sus autores: cortas, sencillas, humildes las unas; largas, compuestas y atildadas las otras.

Para probar que novelas y cuentos casi todo es uno y que tengo mis puntas de erudito, allá va lo que dice Juan de Timoneda en su prólogo á *El Patrañuelo*. "Y así semejantes marañas las intitula mi lengua natural valenciana *Rondalles*, y la toscana *Novelas*, que quiere decir: tu trabajador, pues *no velas*, yo te desvelaré con algunos graciosos y asados cuentos, con tal que los sepas contar, como aquí van relatados, para que no pierdan aquel asiento y lustre y gracia con que fueran compuestos." — De esta explicacion dice el Sr. Aribau, "que mas que de ingenioso tiene de pueril é impertinente"; pero esto de traer arrastradas por los cabellos citas indiscretas é inoportunas, es cosa tan comun que ya á nadie le choca.

Por supuesto, al decir que no quisiera ser menos que otros, no pienso en Cervantes, Walter Scott, Sué, Dumas, ni Víctor Hugo. Nó, respetables lectoras de *La Azucena*, yo no pico tan alto; pienso en los autores de novelas que se estilan por acá, al uso del día, como decian nuestros abuelos, ó á la moda, como decimos hoy.

Muy inocente será el autor de cuentos ó novelas que no le dé sus mordizcos á sus adversarios; es decir, á los que no piensan como él en esta ó en aquella materia. En un cuentecito que intitulé *Expiacion*, puse en ridiculo el vicio de ciertas almas metalizadas, y di mi porrazo á la anticristiana institucion, que por dicha desapareció de este país; en otro la emprendí con los positivistas adeptos de Compté que adoran al Dios *Humanidad*, y en algun otro inédito traté de ridiculizar, no á mis prógimos, sino á sus faltas y locuras, que á mi entender lo merecian, como no faltará sin duda álguien que crea á pié juntillas ser yo muy digno de un repelon, por aquello de que medio mundo se rie del otro medio. Pero al escribir para este periódico, ageno á las luchas apasionadas, en donde desdice toda frase que no sea de buen tono, y donde solo debe respirar la fragancia de la mas pura moral y los sentimientos de caridad y benevolencia, es grande mi apuro, porque en faltando la sal de la maldita murmuracion, al mas decidor se le seca la boca y le falta la palabra.

Por otra parte, de cualquier manera que arregle y enderece mi narracion, huyendo de alusiones personales de mal género y de la co-

midilla política, no faltarán gentes que se den por ofendidas, y miéntras unos me alaban por pasion, otros me lanzarán excomuniones.

Entre tales dificultades, solo la negra honrilla me haría empuñar la pluma. La mayoría del público, la que lee y paga, se puede decir que come y calla; esto es, que se acuesta con el periódico en la hamaca, se queda dormido con él en la mano, y despues lo aplica á liar cominos ó á otros usos honestos, sin meterse en dibujos. La gente terrible son los pocos que leen, tienen sus pujos de literatos y quieren hacer, y hacen sus juicios criticos.

Una de las muchas calamidades que tienen sobre sí los pobres autores son los malos criticos. Estos por pasion de escuela ó de partido, aquéllos por envidiosos y atrabiliarios, y los demas allá por tontos de capirote, ello es que á fuer de saberlo todo, todo lo enredan, alabando á quien no se lo merece, deprimiendo sin razon, y poniéndose raras veces, ó casi nunca, en lo justo.

Mas, desgraciado el autor que pare mientes en tales cosas y se cuide del *qué dirán*. Este tal, jamas publicará en su vida dos renglones. Para arrostrar los vientos huracanados de la publicidad, es preciso cierta audacia y rescucion natural, parecida á la de César, cuando pasó el Rubicon. La audacia de César era la del general mas sábio de su tiempo; la audacia de los escritores crece regularmente con la simplicidad y la ignorancia.

Convencido, pues, de que colocado en semejante situacion, mi pobre pluma no está para hacer nada de provecho, contando con vuestra indulgencia y con la del Director de esta publicacion, he sacado de entre mis olvidados mamotretos *La Cueva del Convento*, que doy á luz con el mismo atrevimiento que he echado á rodar otros hijos desmedrados de mi débil entendimiento.

Años hacen que escribí ese juguete y nadie podrá encontrar en él alusiones á los sucesos del día. Si álguien ve retratada alguna falta suya, no culpe al autor, sino á la humana fragilidad, que á pesar de la ley tan cacareada del progreso, que no niego, pero que no sé á veces como anda, la hembra de hoy tiene las mismas debilidades que las de ayer, como las tendrán las de mañana.

Réstame cierto escrupulillo de conciencia, y no quiero terminar sin sufrir la vergüenza de confesarlo, que siempre fui humilde de corazon. Dije que no me espantaba eso de escribir novelas originales, y ahora añadiré que esta fué vanidosa arrogancia, hija legítima del amor propio y de la necedad. Para escribir las buenas no soy capaz, y malas. . . sobran millares que hay escritas y se están escribiendo. Por mas que diga Timoneda, no son lo mismo los cuentecillos como *La Cueva del Convento* que

esas obras gigantescas del arte que han hecho inmortal á Cervantes.

Si os parece inverosímil el amor de Enriqueta, tan súbito y tan *á rajatabla*, por un desconocido que le era muy inferior en los bienes de la fortuna y en las dotes del espíritu, tened en cuenta que se trata de una mujer que pertenece á unas gentes *caprichosas y excéntricas* en sus gustos; y por otra parte, examinad con cuidado la conciencia y recordareis que ya mas de una vez sin duda habrá tratado de apoderarse Cupido de vuestras almas con traicion y por asalto. Sino os complace la sencilla relacion de estos repentinos amores que tan fácilmente llegan á un término dichoso, sacareis al ménos la utilidad práctica de conocer la *Cueva del Convento*, que existe realmente en Toa-alta. Responde de la exactitud de sus dimensiones, porque con mis propias manos las tomé, cruzando de un lado á otro aquel túnel natural que tan pocos han atravesado.

Toa-alta y Agosto 24 de 1875.

J. P. M.

LA CUEVA DEL CONVENTO.

En el verano de 1862, mis negocios me llevaron por una temporada á la capital de Puerto-Rico. Habitado á la vida campestre, lo caloroso de la estacion me hacía insoportable mi residencia en la ciudad, principalmente de noche. Esto, agregado á mi amor á la soledad, me hizo tomar la determinacion de salir todas las tardes á Cataño, donde pasaba la noche, regresando por la mañana á la Capital para atender á mis ocupaciones.

Hacia mis viajes en el vapor *Cataño*, lo que me proporcionó conocimiento con su simpático maquinista Adolfo. Por una asociacion de ideas muy naturales para mí, Adolfo y el vapor *Cataño* siempre andan unidos en la imaginacion, del mismo modo que la idea del caballo despierta la del jinete que lo monta. Y seguramente que entre el barco y su maquinista debe haber ciertas relaciones misteriosas, que los han unido y hecho su suerte comun. Se me antoja que el uno no podría existir sin el otro; que si Adolfo muere, el *Cataño* se pierde; y naufraga el *Cataño*, si Adolfo falleciera. Los dos sirven bien al país (*).

Adolfo es un puerto-riqueño laborioso por mas que se nos quiera negar esta virtud. El, como su barco, tuvo que ir á formarse á los Estados-Unidos, y bien pudieramos poseer mu-

(*) Del vapor de Cataño, apenas quedan algunos restos de la maquinaria abandonada, que van desapareciendo paulatinamente, y no está lejano el día en que solo quede el recuerdo del bien que perdimos. El maquinista, apesar de las profecías del autor, parece que no está en ánimo de morir con su buque, y emplea su infatigable actividad trabajando en la Central de San Vicente. La necesidad de una escuela industrial se siente hoy mas que nunca en toda la Isla; la falta del vapor de la bahía la conocen todos los habitantes de la costa N. O. Pediamos muchos vaporcitos y nos falta hasta el único que poseíamos.

chos jóvenes instruidos en mecánica y laboriosos como Adolfo; muchos vaporcitos como el *Cataño*....., mas doblemos la hoja que vamos alejándonos de la Cueva del Convento.

Un día que iba para Cataño en el viaje de las cuatro de la tarde, me llamó la atencion una jóven extranjera acompañada de un señor de alguna edad, la cual conversaba en inglés con Adolfo. Aunque mi asiento no quedaba muy lejano de los interlocutores, como no poseía entónces este idioma, nada pude comprender de lo que trataban. Me conformé con permanecer silencioso y estudiar la fisonomía de mi compañera de viaje.

Esta era muy bella. No tema el lector que me desate aquí en una de esas tan frecuentes como pesadas descripciones, en que para significar la belleza de una mujer se amontonan las vulgares comparaciones de las diversas partes de su cuerpo con rosas, claveles, corales, mármoles, nieves, etc. Ya lo he dicho, era bella.

Permítaseme, sin embargo, llamar la atencion sobre algunos rasgos de su fisonomía. El buen padre maestro Fr. Benito Gerónimo Feyjóo y Montenegro, decía que la fisonomía era el arte de hacer juicios temerarios. Creo que esta sentencia del sábio benedictino se puede sin escrúpulo hacer extensiva á la frenología, hermana de la ciencia fisiognómica; pero no se figure nadie que renegamos de estas ciencias, hoy en mantillas. "Lo mas notable, dice un sábio francés, es que la mayor parte de los individuos que se pronuncian enérgicamente en pró ó en contra de esos sistemas, ni siquiera se han tomado la molestia de estudiarlos, cuando menos de profundizarlos. Por lo que á mi hace no me siento bastante ilustrado para atreverme á emitir un fallo." Al parecer del francés me atengo, y queda la sentencia del fraile español para estigmatizar tantos fisiognomistas y frenólogos novatos, que creen como artículos de fé cuanto escribieron Lavater, Gall, Spurzheirn, Broussais, Dumoutier, etc., y quieren leer en el alma de cada prógimo, como si fuera un libro abierto á la curiosidad del primer tonto que llegue.

Observé que la extranjera poseía la salud del cuerpo, indicio seguro de la salud del alma. No había incurrido en la necedad tan vulgar y hasta pecaminosa, de querer darle realce á sus encantos naturales con los afeites. Su constitucion mixta, biliosa-sanguínea, demostraba bastante á las claras que en aquella alma podía muy bien tener su asiento el deseo de gloria, la ambicion de saber, la bondad, la justicia y generosidad. Su frente espaciosa, llena y regular probaban el desarrollo á la par que el equilibrio de sus facultades intelectuales, señal segura de un juicio sano y de un

recto criterio. La tez blanca y sonrosada, cabellos castaños y ojos pardos, de vista de águila que atraviésa y mirar de fuego que atrae. Esta mirada magnética en las pocas veces que se fijó sobre mí, embriagó y redujo mi espíritu de una manera extraña.

Aquí llegaba yo con mis observaciones silenciosas, cuando tocamos en el muelle de Cataño. La desconocida saltó á tierra y se dirigió hacia la playa con su compañero. Quedé meditabundo en mi asiento con los ojos fijos en la pareja que se alejaba. Vino á sacarme de esta distracción Adolfo, que con su jovialidad acostumbrada se acercó diciéndome:— ¡Hermosa niña!— ¡Hermosísima! ¿Me podrá U. decir quién es?—Es una rica é ilustrada norte-americana, que viaja para instruirse. Cultiva diversos ramos del saber, y es muy aficionada á la historia natural. Esta tarde ha venido á recoger conchas en esta playa para aumentar la rica colección que posee.

Era irresistible el poder que me impelia hacia la hermosa desconocida. Mi imaginación buscaba un medio de acercarme á ella. Sabía muy bien que la mujer en los Estados-Unidos vive libre de ciertas preocupaciones propias de nuestras costumbres. En el teatro, en los carruajes, en la calle, en el paseo, en los caminos, se las ve solas; pero tanto cuanto libertad goza es de respetada y protegida por la ley y por la opinion. Los delitos contra el pudor son severamente castigados, y cae en el mas soberano ridículo todo el que, como se acostumbra entre nosotros, dirige frases galantes á la primer señora ó señorita que el acaso le depara. Con estos antecedentes me precaví contra todo arranque de inoportuna galantería; y me propuse tocar el resorte de la pasión dominante que siempre vibra en el corazón humano.

Durante mi estadía en la Capital y Cataño había dado largos paseos por las orillas del mar y en los lugares mas solitarios. Estas excursiones me habían proporcionado ocasión de reunir una numerosa colección de conchas, notables por sus formas, brillo y delicadeza de sus colores. El sitio que la extranjera había escogido para su paseo no era el mas propio para el fin á que lo enderezaba, y esto favorecía mis deseos. Entré en mi habitación y escogiendo lo mas selecto de mis hermosas conchas, volví dando un rodeo para hacerme el contradizo con la que ya era para mí un tormento.

Acerquéme á ésta y haciéndole una profunda cortesía, sin desplegar los labios, abrí un pañuelo de seda en que llevaba las conchas, que le presenté respetuosamente. La mas pura satisfacción se retrató en el semblante de la hermosa, y con voz conmovida y la mas pura entonación castellana, exclamó:— gracias caballero. —Perdone U. Señorita: creí que no

poseía U. el castellano: tengo el honor de saludar á U. y á su digno compañero de viaje, y si U. encuentra algun mérito en las muestras que le presento, ruego que las acepte en obsequio á la ciencia que U. cultiva, pues comprendo que serán de mas utilidad en sus manos que en las mías. — Repito las gracias, caballero, y creo que no hago mal en aceptar este presente de un desconocido, cuando lo ofrece de un modo tan delicado y con un fin tan puro. Esta acogida tan benevolente me dió ánimo para pedir á mi interlocutora el permiso de acompañarla en su paseo, á lo cual accedió gustosamente. El acompañante de la extranjera no hablaba el español.

¡Qué felicidad tan inesperada para mí verme por aquella pintoresca playa con aquella mujer encantadora, sorprendidos á cada momento por una ola indiscreta que venía á espirar en nuestros piés! Recogíamos conchas, y el sordo mugido del mar dejaba apenas percibir la amistosa conversacion en que nos engolfamos cual si de lejano tiempo nos conociéramos. Otro quizás hubiera estado vergonzoso y confuso, ó cuando menos se esforzaria por ocultar su ignorancia y poner de relieve sus conocimientos superficiales. Aquella mujer extraordinaria poseía un vasto talento y una instruccion profunda, á lo cual se agregaba un delicado tacto social. Encantaba con su conversacion, esquivando hábilmente las ocasiones de humillarme por la superioridad de sus conocimientos; pero yo, ávido de enseñanza le demostraba mi hambre intelectual, si me es permitida la frase, y entónces manaban de aquellos labios encantadores torrentes de sólida doctrina que yo bebía con entusiasmo.

¿Porqué humillarme de ser lo que soy? El hombre no se dá á sí mismo la vida, ni el temperamento: tampoco se educa; y no viene á ser otra cosa, sino aquello que los agentes físicos y los demas hombres quieren que sea, permitiéndolo Dios. No puede independizarse de la doble atmósfera física y moral que lo rodea; y así como el pez se debate en vano por abandonar su elemento y volar por los aires como las aves que envidia, del mismo modo el hijo de una sociedad atrasada hará siempre esfuerzos inútiles por sobreponerse al espíritu de esa misma sociedad y por adquirir, careciendo de los medios adecuados, cierta clase de conocimientos. No hay porque avergonzarse de un pecado, que si lo es, solo pueden ser responsables de él la sociedad entera, ó los que rigen sus destinos.

Pero el sol bajaba al ocaso y la hora del último viaje del vapor se acercaba. Tuve que despedirme de la distinguida extranjera; cambiamos nuestras tarjetas, y los ví partir entristecido.

(Continuad.)

LA JOVEN DE LAS TRES CORONAS.

BALADA.

Las verdes copas del jardín frondoso
platea ya la luna,
y sus gotas de luz filtra en las ramas
de fresca umbrosa gruta.

Allí entre rosas, de un abismo al borde,
repose un joven busca,
dejando entre sus sueños sus ideas
vagar, medio confusas.

Y con traje de amor y paso de ala,
trémula joven cruza,
de la mano pendientes tres coronas,
y ante él se inclinó muda.

Aparta sus cabellos y en la frente
con gracia y con ternura,
le pone una corona de capullos
de esos... que no abren nunca.

Así que puesta se la vió, quitándola,
le ciñó la segunda
una corona de marchitas flores
de esas... que muertas duran.

Después sobre su frente soñadora
quiso poner la última
y una corona le ciñó de espinas
de esas... que el alma punzan.

Se fué: en el bosque resonó un suspiro:
brilló la blanca luna
y sus gotas de luz filtró en las ramas
de aquella umbrosa gruta.

Guillermo Belmonte Muller.

(Puerto-Rico, 3 de Marzo de 1875.)

A M.....

PÁGINAS DE UN LIBRO DE MEMORIAS.

Cuán bella estaba en ese festín suntuoso,
cuyo recuerdo acaricia aún mi memoria!....
Era de noche, y mil luces iluminaban la púr-
pura virginal de su rostro encantador....

¿No la veis, vestida de blanco como una
casta paloma escapada de los edenes divinos?...
no la veis mas hermosa que sus compañeras,
como el astro misterioso de la noche, que ful-
gura en los espacios del éter?.....

Detened la vista en sus ojos lánguidos y
húmedos, y los vereis brillar, émulos sublimes
de la luz de las bujías; y sus labios de carmin
sonreír al genio invisible de la inocencia, como
impulsados por el espíritu de una divinidad mis-
teriosa!.....

¿No veis como ondea magestuosa el flexi-
ble tallo, como la azucena del bosque al soplo
perfumado del áura matinal?.....

Esa es M.....!.... el encanto de mi exis-
tencia, el númen de mi fantasía, la estrella de
mis noches, la religion de mi corazón... Ah!
no la veáis.... vuestras miradas empañarían
su hermosura.... vuestros ojos no podrían mi-
rarla como yo la miro; porque os falta la pu-
reza y el amor que tienen los míos.... porque
no teneis un corazón como el mío....

Ella llevaba caprichosamente colocado so-
bre su pecho de nieve, un ramillete de mirtos
frescos y lozanos aún. Mas luego los ví amor-
tiguarse, é inclinar sus pétalos de esmeralda al
fuego del corazón más puro que ha latido en el
seno de una mujer!!....

Mas después, cuando hube posado sobre él
mis labios ávidos y ardientes, bebí anhelante
en sus hojas los arcanos de ese tesoro de en-
canto, de pureza y de amor.

Volvía á hablar de mi amor, y suspiré por
ella cuando la luz de la mañana realzaba la pu-
reza de su tez de nácar; y cuando las notas de
una música sublime se confundían con las pul-
saciones de mi corazón.

Entonces sus ojos angelicales me hablaron
un lenguaje que solo el corazón pudiera inter-
pretar; y sus labios tentadores me sonrieron
esparciendo en torno suyo el ámbar de las flo-
res, que es su aliento.

Yo me dije entonces: — “fué en un festín
donde por primera vez ví á M....: desde en-
tonces siento arder en el fondo de mi corazón
esa llama inextinguible, engendrada en el cielo,
cuyos reflejos iluminan mi porvenir.... Hoy
en otro me ha repetido que me ama; y mi pa-
sion, semejante al río que se hace caudaloso
alejándose de sus fuentes, la he visto dilatarse
alentada por la esperanza....”

La reina de mi corazón — me dije tam-
bien — era preciso, que fuera la reina de los
festines!.....

Yo la contemplé una vez más; y mis ojos,
deslumbrados por la brillantez de su hermosu-
ra, se cerraron para dormir el sueño del éxta-
sis y de la felicidad; pero, mi corazón, que es
todo de ella, rendía siempre homenaje al san-
tuario de sus amores.

LA MUERTE DEL JÓVEN.

Sobre mezquino lecho, ya espirante
cárdeno el labio, la mejilla hundida,
en la mirada errante
los últimos fulgores de la vida;
yace sin fuerza, demacrado, un joven.

Un sacerdote anciano,
reclinado sobre él preces murmura
y estrechando febril, su débil mano,
ansioso espera su postrer suspiro.
Ilumina esta escena de tristura,
amarillenta luz, pálida, incierta,
que lucha ya espirando
con ráfagas del alba que fulgura,
como un vapor, entrando
por el cristal de la ventana abierta.
Amaneciendo va: todo despierta,

— Oh padre! oh padre mío, !—
entre sollozos el mancebo exclama,
al ver la nueva luz que se derrama
al oír el confuso vocerío
que ya hasta allí se estrella;—
— cesad en vuestras preces un instante;
que goce aún de aquesta vida bella
que á despedirme viene fulgurante.
Ay! cuántos, padre, en este nuevo día,
probarán de sus horas la dulzura;
á cuántos nuevo bien, nueva alegría
ofrece sonriente la natura!
ay! cuán rica en presentes
amanece esta aurora á muchas gentes!
¿Porqué tan solo á mí, con ironía
y sarcasmo cruel sonríe en tanto,
si apenas brille, con mayor encanto
ha de brillar sobre mi tumba fría?

Y el sacerdote reprimiendo el llanto
sobre el mezquino lecho, le tendía
de nuevo, y con la voz grave y severa
cual voz de un otro mundo,
así, la amarga pena,
pretendía endulzar del moribundo.

— Cese, misero jóven tu lamento
no recordad por siempre la terrena
vida engañosa, vanidad y viento
en el feliz y plácido momento
que el espíritu rompe su cadena
y va á volar á una región mas pura
de una vida eternal toda dulzura.

Y apenas estas frases murmurando
sonaron en la calle unos cantares
de alegre juventud que iba pasando
con música y panderas
y vivas risotadas placenteras.
— Oh! qué supremo bien! cuánta alegría!
oh! qué bello vivir, ¡dichosa suerte!
cuanto suena mejor al alma mía
este cántico alegre, padre, padre,
que vuestra soñolienta salmodia
que me adormece en brazos de la muerte!

— Blasfemas al Señor.

— Él me perdone!

Ruégale que te acoja entre sus brazos,
vuelva el alma á su Dios; el mundo olvida.
— Piedad! mi corazón, hecho pedazos
palpita aún, ansioso de la vida.

— Piensa cristiano que al umbral incierto
de un nuevo mundo te hallas
y que si tanto por vivir batallas
otra muerte hallarás, despues de muerto.

¡Mas, oh gran desventura! ¡inerte el cuerpo
no las palabras del anciano oía,
se empañaban los ojos
del jóven moribundo: aquel de hinojos
cien veces y otras cien las repetía.
En lágrimas deshecho,

trémulo el pulso, palpitante el pecho
oyó que entre sus lábios, balbucía
de un modo maquinal, como nervioso:
— triunfo del cuerpo vil, sobre el espíritu —
Quiero vivir! vivir! oh don precioso!
— Jóven, el mundo olvida;
pendiente queda aún, tu eterna suerte.
— Piedad! Señor! mi vida!!

Y á este grito fatal, vino la muerte.—

J. Izart.

EL ESCARABAJO DE ORO

POR EDGARDO POR.

(Continuación.)

—Lo siento, lo siento en extremo, pues
tenemos que llevarla á cabo los dos.

—¡Los dos! No hay duda, se ha vuelto
loco. Pero vamos á ver, ¿cuánto tiempo du-
rará vuestra ausencia?

Probablemente toda la noche. Vamos á
salir inmediatamente y estaremos de vuelta al
salir el sol.

—¿Y me prometeis que satisfecho este
capricho y evacuado el asunto del escarabajo,
volveréis á la cabaña para seguir mis preceptos
como los de un médico?

—Sí, os lo prometo. Ahora marchemos,
no hay que perder tiempo.

Á las cuatro nos poníamos en camino Le-
grand, Júpiter, el perro, y yo. El negro tomó
la hoz y las azadas y á mi modo de ver, cargó
con ellas mas bien por temor de dejar uno de
estos instrumentos en las manos de su amo, que
por exceso de celo y de complacencia. Por
otra parte estaba de un humor de perros, y las
palabras, ¡Maldito escarabajo! fueron las úni-
cas que se le escaparon durante el viaje. Yo
llevaba dos linternas sordas, y Legrand se ha-
bía contentado con llevar el escarabajo atado
al extremo de un pedazo de bramante, al cual
daba vueltas en torno suyo mientras andaba,
con ademanes de mágico.

Cuando observé este supremo síntoma de
demencia en mi amigo, apenas pude contener
las lágrimas. Pensé sin embargo que valía mas
dejarle llevar á cabo aquel capricho, y esperar
el momento de poder tomar medidas enérgicas
con probabilidades de éxito. Traté inútilmen-
te de averiguar por él el objeto de la expedi-
ción; pero como ya había conseguido que le
acompañara, parecía poco dispuesto á entablar
conversaciones acerca de un punto tan poco
importante. Á todas mis preguntas, no res-
pondía mas que: Veremos.

Atravesamos en un esquife el ancon en la
punta de la isla, y trepando por los terrenos
montuosos de la orilla opuesta, nos dirigimos
hacia el noroeste, al través de un país horrible-

mente salvaje y desolado, en el cual era imposible descubrir huellas de piés humanos. Legrand seguía con decision su camino, deteniéndose únicamente de vez en cuando para consultar ciertas señales que al parecer había dejado en otra ocasion.

Así anduvimos unas dos horas, é iba á ponerse el sol cuando entramos en una region infinitamente mas siniestra que todo cuanto habiamos visto hasta entónces. Era una especie de terreno cerca de la cumbre de una montaña horrorosamente escarpada, cubierta de leña desde la base hasta la cumbre y sembrada de enormes peñascos que parecian echados en desórden, muchos de los cuales habian rodado infaliblemente hácia el valle sin el socorro de los árboles contra los cuales se apoyaban. Barrancos profundos se extendian en distintas direcciones y daban á la escena un carácter de solemnidad mas lúgubre.

La plataforma natural á la cual habiamos trepado, estaba tan profundamente atestada de zarzas, que á no ser por la hoz, no habríamos podido abrimos paso. Júpiter, obedeciendo las órdenes de su amo, empezó á abrir camino hasta el pié de un tulipero gigantesco que se alzaba, en compañía de ocho ó diez encinas, en la plataforma, y las sobrepujaba á todas; como tambien á cuantos árboles había visto hasta entónces, por la hermosura de la forma y del follaje, por el inmenso desarrollo de las ramas y por la magestad natural de su aspecto. Al llegar al árbol, Legrand se dirigió á Júpiter, preguntándole si se creia capaz de trepar por él. El pobre viejo quedó como suspenso al oír la pregunta, y nada respondió. En seguida se acercó al árbol, paseó alrededor examinando el tronco con minuciosa atencion, y terminando el exámen, dijo:

—Sí, Massa; Júpiter no ha visto árbol al cual no pueda trepar.

—Entónces, sube: vamos aprisa, pues va á oscurecer y no veremos.

—¿Hasta dónde he de subir, Massa?

—Trepas por el tronco y luego te diré que camino has de seguir. ¡Ah! espera; súbete el escarabajo.

—¡El escarabajo, Massa Will! ¡el escarabajo de oro! gritó el negro retrocediendo espantado; ¿para que me he de llevar el escarabajo? Cómame él si lo hago.

—Júpiter, ¿es posible que un viejo negro, un robusto negro, tenga miedo de tocar un insecto muerto é inofensivo? Puedes llevartelo cogido con la punta del bramante; pero si no te lo llevas de un modo ó de otro, me veré en la cruel necesidad de abrirte la cabeza con esta azada.

—¡Dios mio! ¿qué sucede, pues, Massa! dijo Júpiter, á quien la vergüenza hacía mas complaciente. ¡Es fuerte cosa que hayais de

buscar siempre camorra á vuestro pobre negro! ¿Yo tener miedo á un escarabajo? me rio de los escarabajos.

Y tomando con precaucion el insecto por el extremo del cordel, manteniéndole tan lejos de su persona como lo permitian las circunstancias, se dispuso á subir al árbol.

En su juventud el tulipero, ó *Liriodendron Tulipiferum*, el mas magnífico de los árboles americanos, tiene un tronco muy liso y se eleva á grande altura sin echar ramas laterales; pero al llegar á la madurez, la cáscara se vuelve rugosa y desigual, y muchos pequeños rudimentos de ramas se manifiestan en el tronco, de modo que en el caso actual el escalamiento era mucho mas difícil en apariencia que en realidad. Abrazando lo mejor que pudo el enorme cilindro con los brazos y las rodillas, empuñando algunos renuevos y apoyando en otros los piés descalzos, Júpiter, despues de haber estado una ó dos veces á punto de caer, llegó á la primera horquilla y desde allí consideró la tarea como virtualmente realizada. En efecto, el riesgo principal de la empresa había desaparecido, por mas que el valiente negro se encontrase á sesenta ó setenta piés del suelo.

—¿Hácia dónde conviene que vaya, Massa Will? preguntó el negro.

—Sigue la rama mayor, la de este lado, contestó Legrand.

El negro le obedeció en seguida y al parecer sin mucho trabajo, subió, subió cada vez más, de suerte que llegó á desaparecer en lo espeso del follaje. Entónces su voz lejana gritó de nuevo:

—¿Hé de subir más?

¿A qué altura te encuentras? Preguntó Legrand.

—Me encuentro tan alto, tan alto, que puedo ver el cielo al través de la cumbre del árbol.

—No pienses en el cielo, sino en lo que voy á decirte. Mira el tronco y cuenta las ramas que hay debajo de tí hácia este lado. ¿Cuántas ramas has pasado?

—Una, dos, tres, cuatro, cinco; he pasado cinco grandes ramas, Massa.

—Sube, pues, otra.

Pocos momentos despues la voz de Júpiter se oyó de nuevo diciendo que había llegado á la sétima rama.

—Ahora, dijo Legrand muy agitado, es preciso que te adelantes por esa rama tan lejos como puedas. Si ves alguna cosa extraña, dímelo.

(Continuará.)

Establecimiento Tipográfico de Gonzalez.